

LA ANTROPOLOGÍA MILITAR: ¿APLICACIÓN O PERVERSIÓN DE LA CIENCIA?

Anthropology and Armed Forces: ¿an application or a perversion of science?

José Medina González Dávila

José Medina González Dávila

Licenciado en Relaciones Internacionales por el Tecnológico de Monterrey, México y Maestro en Estudios Internacionales por la Escuela de Graduados en Administración Pública y Políticas Públicas (EGAP) adscrito al mismo instituto. Diplomado en Georgetown Public Policy Institute, de Georgetown University, Washington D.C., EUA, alumno del Doctorado en Antropología Social en la Universidad Iberoamericana, México. Socio consultivo en materia de estudios estratégicos en “Grupo Consultivo AGNITIO SC”. Ha colaborado en proyectos de seguridad pública para instancias de gobierno a nivel estatal y federal, así como el diseño de metodologías de análisis cuantitativo y cualitativo enfocado a la toma de decisiones estratégicas en México.

E-mail:

jmgonzalezdavila@yahoo.com;

Resumen

En este artículo se presenta un cuestionamiento de las implicaciones del uso que dan las Fuerzas Armadas en el mundo, especialmente las unidades de operaciones especiales, a las herramientas de la antropología. El reclutamiento de antropólogos profesionales que son desplegados en diferentes espacios tanto de planeación estratégica gubernamental como en el campo de batalla, dan muestra del marcado interés que tienen las fuerzas militares de contar con los recursos y métodos de investigación de la antropología, como un instrumento que supere la recolección de inteligencia convencional y de análisis apegado a la realidad, elementos fundamentales en toda actividad militar. Por medio de la presentación de material bibliográfico y documental, se busca inducir a una reflexión sobre el papel que la antropología ha jugado con los gobiernos en el mundo, sus aplicaciones y el futuro de la misma ante un mundo que impone retos a su concepción moral y que cuestiona los métodos y estrategias empleadas en este contexto, así como cuestiona el papel del antropólogo aplicado en el siglo XXI, tanto en su empleo laboral como en la información que produce.

Palabras clave: Fuerzas armadas, fuerzas especiales, inteligencia, antropología aplicada.

Abstract:

In this article is presented a questioning of the implications of anthropology uses given by the Armed Forces to their operations in the world. The recruitment of professional anthropologists who are deployed in different theaters in governmental strategic planning and on the battlefield, gives sample of the noticeable interest which they have in the resources and methods of investigation of the anthropology, like an instrument that surpasses the harvesting of conventional intelligence and analysis attached to the reality, fundamental elements in all military activity. By means of the presentation of bibliographical and documentary material it is intended to demonstrate that anthropology has played a role though its applications and before a world that imposes challenges to its moral conception, that questions the methods and used strategies, as well as it questions the paper of the anthropologist applied in the 21st century, as much in his research and in the information that produces.

Key words: *Armed forces, Special Forces, intelligence, applied anthropology*

Introducción:

Members of the [...] should participate in [face-to-face] meetings to establish full rapport with the population, thereby diminishing the “foreignness” of [...] personnel. These meetings help to identify the [...] with the population.

La voz que clama en el desierto

El texto anterior bien podría haber salido de un instructivo o manual para realizar trabajo de campo antropológico, tanto por su redacción como por su contenido. Sin embargo, si insertamos en los corchetes las palabras “Special Forces Detachment”, nos daremos cuenta que se trata de un apartado del manual FM 31-21 de las Fuerzas Especiales del Ejército de Estados Unidos de América, titulado *Guerrilla Warfare and Special Forces Operations*, emitido por el Departamento de Defensa de ese mismo país en 1961.

Lo que es aún más impresionante: este manual, como muchos otros más, contiene información utilizada por diversas unidades de elite de las fuerzas armadas estadounidenses, y que han sido usadas en diferentes conflictos armados desde Vietnam, incorporando algunos elementos de la antropología, el trabajo de campo entre ellos.

Relativamente poco se ha hablado dentro de los espacios académicos de la “Antropología Militar”, es decir, el uso de la antropología para fines militares o bélicos, al punto que pocas personas saben de su existencia, o identifican tales actividades con esta denominación. Sin embargo, la ignorancia de los hechos no hace que este tema sea menos relevante o menos real, lo cual lo hace un interesante campo de estudio, debate y reflexión respecto a los usos y aplicaciones de la ciencia antropológica.¹

El objetivo principal de este ensayo es reintroducir al campo del debate académico el uso de la antropología para fines militares, como una rama poco analizada de la “antropología aplicada”. De la misma manera, se presentará un breve recuento histórico de los usos de la ciencia antropológica para fines bélicos o de seguridad nacional de los Estados, continuando con las aplicaciones más recientes de la ciencia en el citado campo. Finalmente, el ensayo terminará con una serie de reflexiones y argumentaciones referentes al uso ético y moral de la antropología.

Ciertamente se trata de un campo tan amplio que un ensayo resultaría insuficiente para tratar el asunto a cabalidad, es por ello que el presente texto debe servir como una primera aproximación al tema, como un incentivo para realizar una revisión más detallada. Otro de los objetivos es provocar la reflexión sobre algunos temas de fondo de la ciencia antropológica: la ética profesional y científica que debe guardarse en el desempeño del deber científico para fines de Seguridad Nacional, versus el desempeño del deber como ciudadanos de un determinado Estado. Esta es una reflexión periódica necesaria de todos los campos científicos, pero que en nuestro campo de estudio se hace más perentoria, dado los tiempos que vivimos.

Es prudente reiterar que el presente ensayo debe servir únicamente como un primer acercamiento a y polémico tema, ya que la complejidad y número de aristas del caso hace imposible tratarlo a cabalidad, a pesar del involucramiento de antropólogos en las fuerzas armadas y de los usos de la antropología en conflictos bélicos. Para poder entender el origen de tal situación que tanto sorprende y causa profundos debates en las esferas académicas, debemos retomar el pasado, el origen de la antropología.

¹ Existe un amplio debate sobre si la Antropología es una ciencia o una disciplina. Para fines de este ensayo se le considerará como una ciencia debido a sus características y metodologías. Para una ampliación de esta argumentación se recomienda ver la obra *Introducción a la teoría etnológica* de Ángel Palerm.

1. La antropología militar: creación, surgimiento y elaboración del monstruo.

El primer aspecto relevante a cumplir, es revisar las experiencias históricas que hemos tenido en nuestra ciencia: cómo la antropología ha servido para fines militares en el pasado, y cómo ese pasado ha servido para conformar el presente de la antropología.

1. a) Del periodo colonial al siglo XX

Talal Asad, en su compendio *Anthropology and the Colonial Encounter*, nos presenta cómo la antropología fue utilizada por los poderes imperiales europeos para el control y la administración pública de sus colonias en el mundo. La antropología resultaba ser una herramienta bastante útil para conocer e interpretar los pueblos que habitaban las colonias europeas, especialmente porque su experiencia, vivencia y costumbres eran diferentes a las de los países colonizadores. Tal es el caso de la Corona Británica, la cual poseía tal gama de “súbitos” que resultaba difícil elaborar políticas públicas generales para todo el imperio.

La expresión “Nunca se pone el sol en el Imperio Británico” resultaba ser una realidad, ya que la Corona tenía colonias desde África, Medio Oriente, Oceanía y América, con lo cual la extensión británica abarcaba todas las regiones de la Tierra. De este planteamiento, y tras muchas experiencias difíciles, la administración imperial se planteó el cuestionamiento de cómo elaborar políticas públicas eficientes que resultaran adecuadas en sus extensiones.

Si consideramos que los aborígenes australianos tenían características diferentes a las de las tribus nepaleses, y estas tribus poseían códigos sociales distintos a aquellas de la parte sur de la India y África, se puede entender la pesadilla que los administradores coloniales enfrentaban para la adecuada elaboración e implementación de la administración pública; además de la obligación de maximizar los recursos y posiciones geoestratégicas del Imperio.

Es en este momento, durante el siglo XIX, que tanto los británicos como otras potencias europeas, decidieron emplear a los antropólogos para estudiar a los pueblos sobre los que gobernaban. Asad y sus colaboradores nos presentan los grandes dilemas a los que se enfrentaron los administradores coloniales, especialmente uno que resulta evidente en todos los sistemas de política pública: no se puede gobernar eficientemente a quien no se entiende.

Asad presenta en su obra cómo los antropólogos se “vendieron” a sí mismos como la solución por la cual se podría entender a los pueblos “primitivos” de las colonias, facilitando así el proceso de control y dominación colonial. ¿Cuál era la ventaja de emplear a estos científicos sociales? Que podían entender y realizar estudios de pueblos primitivos cuyas prácticas eran tan diferentes de las europeas que para los militares y administradores resultaban incomprensibles, en regiones distantes, con poco o nulo apoyo y con relativamente bajo presupuesto².

Por su parte, los antropólogos que realizaban estudios sociales en regiones remotas de las colonias, servían para un fin evidente pero poco obvio a primera vista: recopilaban información detallada de los pueblos que estudiaban. Se asumía que tales pueblos eran súbditos de la Corona, sin embargo, en su momento podrían rebelarse contra la misma y ser objeto de atención militar para restaurar el orden público. Tal recopilación de información es un componente de la “Inteligencia Militar”, y es uno de los elementos clave para realizar operaciones militares y establecer estrategias de defensa (Ejército de Estados Unidos, 2004). Es así cómo el flujo de información producida por los antropólogos, era considerado como un recurso de inteligencia para las autoridades coloniales y, en este uso y atención, los británicos se destacaron sobre otras potencias coloniales europeas.³

1. b) *Las Guerras Mundiales: un conflicto en dos actos*

Los eventos que destacaron durante la primera mitad del siglo XX, fueron la Primera y Segunda Guerra Mundial⁴, y el empleo de antropólogos por las potencias mundiales del momento, no debe ser despreciado. Para entender el uso e involucramiento de la antropología en este periodo, es necesario posicionarnos en la coyuntura histórica de ese tiempo ya que a principios del siglo XX todavía existía una fuerte presencia colonial europea en todo el mundo. África se encontraba dividida entre los países de Europa, la

² Si consideramos la relación costo-beneficio, es posible dimensionar que los gastos de financiar antropólogos eran relativamente bajos en comparación a los beneficios obtenidos en la correcta elaboración de políticas públicas, que resultarían en paz social y que culminarían con relaciones económicas y comerciales eficientes.

³ De estas experiencias puede entenderse cómo el primer ejército en incorporar a la antropología en los cuerpos elite de intervención fue el británico, con la actividad pionera en este campo del 22 Special Air Service Regiment, el cuerpo de fuerzas especiales por excelencia a nivel mundial hasta nuestros días. (Darman, 2005)

⁴ Que a la opinión del autor de este ensayo se trata de un mismo conflicto, únicamente dividido por un intermedio circunstancial, debido a que las causas y motivos de ambos eran los mismos.

India seguía siendo colonia británica, al igual que muchos territorios en Oceanía y el Pacífico Sur.

Las tensiones en Europa impactaron de maneras diversas a las colonias en el mundo, sin embargo, eran tiempos difíciles para las administraciones coloniales. Existían conflictos y divisiones en África y el Pacífico Sur, mientras potencias emergentes como Japón, y China, se encontraba en una situación frágil. Por otro lado, algunas de las posiciones europeas más remotas presentaban problemas logísticos fuertes, para mantener una correcta administración pública de los súbditos y los recursos del territorio que tenían a su cargo.

Durante el primer cuarto del siglo XX, la antropología había despegado tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, y los estudios antropológicos de los pueblos primitivos resultaban fundamentales, pues se tenía la concepción de que pronto desaparecerían y no quedaría registro de su existencia. De igual manera, el conocimiento de tales pueblos y sus costumbres representaba una extensión de los pensamientos de la Ilustración por determinar el rol de las sociedades contemporáneas y su futuro.

Es así como durante la Primera Guerra Mundial la antropología tuvo un auge importante, tanto por el lado científico-académico como por el estratégico-político. En el primer campo, se encuentra la producción de Malinowski, Evans-Pritchard, entre otros, que realizaron grandes aportes a la ciencia antropológica, de forma de mantener sus casos de estudios, como ejemplos, hasta el día de hoy. En el segundo, solamente a través del conocimiento de las prácticas y costumbres de los pueblos que integraban las colonias, era posible la implementación de medidas políticas y públicas que aseguraran la lealtad y permanencia de tales territorios, tal como si el mundo fuera un juego gigante de ajedrez, donde cada posición fuera fundamental para mantener la hegemonía global. Los antropólogos fungían como los proveedores de información para la elaboración de estrategias coloniales, y para fines prácticos globales.

Se podrían presentar muchos ejemplos de cómo los antropólogos tuvieron una incidencia en la secuencia de eventos que llevaron a que al final de la Primera Guerra se mantuvieran las posiciones coloniales, sin embargo, uno de los que ha permanecido sin reconocimiento por largo tiempo ocurrió en una remota región del Sudeste Asiático.

En Nepal, existen tribus que por largo tiempo se resistieron a la dominación británica y cuyas capacidades bélicas, pese a ser tecnológicamente inferiores a las inglesas, fueron tan notables que hasta 1815 repelieron al grueso del ejército británico. No fue hasta después de largas y arduas batallas (así como por superioridad numérica) que los ingleses finalmente controlaron al Nepal y sus habitantes. Gracias a estudios realizados por los que, en su momento, fungieron como antropólogos al servicio colonial, es que se logró que tan excepcionales guerreros se aliaran y juraran lealtad indefinida al Imperio Británico. Es así como se incorporaron a las filas del ejército más importante de ese momento los legendarios Gurkhas, el primer cuerpo de elite británico.

Los Gurkhas tienen varias distinciones históricas: han participado en todos los conflictos ingleses desde 1857 y han peleado heroicamente en cada uno de ellos hasta nuestros días en las guerras de Irak y Afganistán; siendo la primer “legión extranjera” de la que se tiene conocimiento, debido a que fue el primer cuerpo integrado exclusivamente por extranjeros al servicio de una potencia europea; y, finalmente son los primeros “comandos” del ejército británico, casi cien años antes del empleo oficial de tales cuerpos para fines bélicos-especiales (Farwell, 1990). Nada de esto hubiera sido posible sin la participación de científicos profesionales que dedicaron parte de sus vidas al estudio este pueblo.

Podríamos presentar más ejemplos de esta naturaleza, sin embargo, no debe escapar a nuestro esquema que los antropólogos, durante este periodo, eran una de las piezas clave del juego de ajedrez que se presentaba a nivel mundial. Al terminar este episodio histórico, siguió un periodo bien conocido de consolidación de la antropología, donde, tanto los británicos como los norteamericanos, enraizaron sus propias escuelas de pensamiento, generaron los primeros estudios de Antropología Aplicada.⁵

En la Europa de entre guerras, Alemania recurrió al uso de antropólogos para justificar el predominio de la raza aria y las políticas públicas del partido Nazi (Silverman, 2005). Al iniciar la Segunda Guerra Mundial, destacados antropólogos como Margaret Mead, fueron empleados para tratar de conseguir, -por medio de sus estudios e investigaciones en regiones distantes-, cualquier ventaja a favor de los aliados (Mead, 1975; 45). Los estudios sobre la cultura japonesa de Ruth Benedict,

⁵ Debido a que éste se trata de otro tema diferente al del presente ensayo, tan sólo su mención será necesaria, a conocimiento de que no se desestiman los aportes a la ciencia durante este periodo.

tenían como fin entender al enemigo y así tratar de derrotarlo en sus propios términos (Benedict, 1946). Mucho se ha debatido sobre si los trabajos de Mead, Benedict y otros destacados antropólogos, realmente sirvieron al esfuerzo bélico durante la Segunda Guerra Mundial, sin llegar a conclusiones definitivas; pero es innegable que las fuerzas armadas a lo largo del mundo tenían un particular interés en la producción antropológica, debido a las ventajas evidentes que les brindaban. De nuevo, la lógica costo-beneficio seguía imperando en la maquinaria bélica para finales de la primera mitad del siglo XX.

1. c) *La Guerra Fría e inicios de la perversión*

A principios de la segunda mitad del siglo pasado, existía un nuevo enemigo a combatir: la Unión Soviética. Este enemigo era tan difícil de interpretar y entender como en su momento lo fueron los pueblos trans-coloniales del Lejano Oriente, y es entonces donde surgen diversos trabajos antropológicos que buscaban estudiar al coloso soviético. Se destacan las obras de Isaiah Berlin, (*The Soviet Mind* y *The Russian Culture*) y de Margaret Mead, en las que se buscaba estudiar y entender la mentalidad, estructura social y capacidades soviéticas; además de incontables estudios de inteligencia generados por la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos (CIA) y el MI6⁶ para fines militares y estratégicos.

Estas agencias de inteligencia dieron otros usos más oscuros a la antropología, algunos de los cuales todavía causan abominación a aquellos que conocen de su existencia. David Price (2007), en su artículo *Buying a piece of anthropology*, presenta cómo la CIA financió de manera encubierta estudios antropológicos, para fines de recopilación de inteligencia y desarrollo de técnicas para obtener información.

Tal es el caso del proyecto MK-ULTRA, proyecto ignominioso donde se buscaban medios de control mental y de técnicas de interrogación. Sin ahondar mucho en el tema, cualquiera que revise la historia del proyecto citado, descubrirá que se trataba de métodos de tortura mental y física, tal y como lo presenta Gordon Thomas (2001) en su libro *Las torturas mentales de la CIA*. En este libro, Thomas describe cómo fue desarrollado el proyecto MK-ULTRA y cómo se empleó a científicos

⁶ Military Intelligence Division 6, la rama del servicio secreto exterior británico.

reconocidos, con o sin su conocimiento, para elaborar el que sería conocido como uno de los estudios más sádicos de la historia de la inteligencia.

Por lastimoso que sea, de tal proyecto no se escapó la antropología, pues autores reconocidos como Margaret Mead participaron en él (Price, 2007: 9)⁷. La Society for the Investigation of Human Ecology (SIHE) fue el frente usado por la CIA para financiar investigaciones (antropológicas y de otras disciplinas) que pudieran servir de utilidad para fines de inteligencia y Seguridad Nacional. Otros autores como William Carr fueron financiados para realizar trabajos de campo antropológico detrás de la “Cortina de Hierro”, en una misión que claramente era para recopilación de inteligencia (Price, 2007: 12). Sin embargo, las agencias de inteligencia no eran las únicas interesadas en utilizar esta rentable fuente de información; en la línea de compras también estaban las fuerzas armadas.

Cabe mencionar brevemente el llamado Proyecto “CAMELOT”, en el cual también fueron utilizados antropólogos para realizar operaciones de operaciones psicológicas durante al Guerra de Vietnam, como parte del infame Proyecto “PHOENIX”. Si bien mucho se podría hablar de los dos anteriores proyectos, ambos son más conocidos en la literatura especializada y los alcances de los mismos nos sirven de introducción, para el uso abierto de metodologías antropológicas por unidades de elite del Ejército Estadounidense y Británico, como se mostrará en el siguiente apartado.

1. d) Boinas Verdes, Fuerzas Especiales y Antropólogos Militares

Desde los tiempos de la Segunda Guerra Mundial, los británicos cayeron en cuenta de que en el futuro las guerras convencionales se llevarían a cabo por medios no convencionales. Es así como surgen las primeras organizaciones militares de fuerzas especiales, siendo los británicos pioneros en este campo. En marzo de 1942, el Mayor del Ejército Británico David Stirling creó el 22 Special Air Service, la primera unidad de fuerzas especiales en la historia⁸ (Thompson, 1994: 45-63). Si bien esta unidad fue inicialmente empleada para combatir a tropas alemanas en el norte de África durante la

⁷ Price señala acertadamente que muchos de los investigadores no sabían que trabajaban para la CIA, pues existía un frente elaborado para el financiamiento de tales proyectos, conocido como la Society for the Investigation of Human Ecology (Price 2007: 9)

⁸ Si bien ya existían organizaciones de elite previas a 1942, el SAS fue la primera en desarrollar técnicas especiales para circunstancias específicas, de ahí que tengan esta distinción (Thompson, 1994)

Segunda Guerra Mundial, en conflictos sucesivos, el SAS refinó su metodología operacional incorporando el trabajo de campo y el contacto con la población nativa para la creación de guerrillas (Dartman, 2005).

Es evidente que las labores que se realizaban difícilmente podrían considerarse trabajo antropológico, pero se seguían las mismas pautas que durante el periodo colonial, y no puede dejarse de considerar que se recurrieron a ciertas prácticas de recolección de información heredadas de las colonias británicas decimonónicas.

Esta misma tendencia llegó a Estados Unidos, donde a principios de la década de 1950, fue creado un cuerpo de elite propio, el US Army Special Forces, mejor conocido como “Boinas Verdes”. A primera instancia, y gracias al glamour otorgado por el aparato mediático y propagandístico, las Fuerzas Especiales de Estados Unidos podrían dar la impresión de ser “comandos”. Sin embargo, su función no es combatir, sino entrenar. Richard Couch(2007), en su obra *Chosen Soldier: the making of a Special Forces warrior*, nos muestra cómo el proceso de formación, educación y adiestramiento del elemento de las Fuerzas Especiales de Estados Unidos se encuentra más orientado a formar e interactuar con agentes de otras culturas que a realizar ataques atrevidos de alta notoriedad⁹.

Prueba de ello es que en 1961 el Departamento de Defensa de Estados Unidos emite el manual FM 31-21 titulado *Guerrilla Warfare and Special Forces Operations*, un texto que tiene por intención adiestrar al soldado de Fuerzas Especiales para interactuar con personal de otras culturas, enseñándoles a utilizar técnicas de guerrilla.

El citado manual incluye elementos como psicología de combate, técnicas de comunicación con gente de “otras culturas”, métodos pedagógicos adaptados a otros entornos sociales y culturales, así como una breve guía sobre cómo interactuar en el campo. Los elementos que se encontrarían en un manual de trabajo de campo antropológico. A partir de una revisión exhaustiva del manual, se puede notar que algunas secciones remiten al trabajo de campo antropológico, no sólo como método de recopilación de información, sino como estrategia de interacción con agentes de otras culturas.

⁹ Este tipo de actividades se reserva a otras unidades militares de operaciones especiales, tanto del ejército como de otras ramas del servicio armado de Estados Unidos.

El FM 31-21 fue utilizado por “Boinas Verdes” estadounidenses en Vietnam, Laos y Camboya, entre los años sesenta y setenta, con relativo éxito, tal como lo muestra el texto de Shelby Stanton (1985) *Green Berets at war*, donde exhibe cómo los “asesores” estadounidenses formaron y entrenaron a las guerrillas sur vietnamitas contra el Vietcong. El desarrollo de este adiestramiento requirió de técnicas prácticamente idénticas a las utilizadas por los antropólogos, como es la observación participante, el *rapport*, y la comunicación intercultural.

Durante las décadas posteriores, las metodologías fueron refinadas y desarrolladas, y el empleo de antropólogos como asesores militares fue en aumento; hasta llegar a nuestros días, donde los científicos sociales no sólo se limitaron a entrenar a tropas de élite para operar en territorios distantes, sino a participar directamente en los conflictos armados.

1. e) ¿Antropólogos con fusiles o fúsiles antropológicos?

El 13 de Octubre del 2007 fue publicado en el New York Times (publicado en México a través del suplemento del periódico Reforma) la noticia titulada *Recluta Ejército a antropólogos como asesores*. Si bien la noticia pasó desapercibida para la mayoría (salvo algunos sorprendidos en los departamentos de antropología y ciencias sociales), esta nota vuelve a reincorporar el tema de los usos militares de la antropología. En la nota se presenta cómo el Ejército de Estados Unidos ha desplegado, junto a sus tropas a antropólogos profesionales, estudios científicos destinados a maximizar su participación en una guerra materialmente perdida. Tras las múltiples críticas a las guerras de Irak y Afganistán, tal parece que Estados Unidos las pocas probabilidades de salir exitoso del conflicto.

En un esfuerzo heroico, aunque desesperado, por tratar de salvar lo insalvable, el Departamento de Defensa estadounidense ha vuelto a recurrir a los antropólogos civiles para identificar los motivos por los que está perdiendo un frente fundamental en la guerra: la población local que en lugar de dar la bienvenida a las tropas “liberadoras” las rechaza y repudia, tanto a nivel social como cultural.

Si revisamos la secuencia histórica, en los tiempos coloniales los antropólogos eran empleados para proveer de información a los administradores, sobre las mejores líneas de acción para llevar a cabo su gobierno; posteriormente, fueron incorporadas al

arsenal militar las técnicas antropológicas, para que fueran empleadas por sus elementos de elite; ahora, tal parece que regresamos al principio, con la salvedad que el día de hoy se opera en dos niveles: se utilizan los antropólogos civiles, tal como se siguen empleando a los antropólogos militares.

En diciembre de 2006, el Ejército de Estados Unidos publicó el FM 3-24, el primer manual dedicado exclusivamente a la contrainsurgencia. Este texto es la actualización del FM 31-21, discutido en el apartado anterior. En este replanteamiento, algunos de los asesores que participaron en la elaboración del manual, fueron antropólogos reconocidos cuyos nombres son públicos (a diferencia del manual publicado en 1961, donde es imposible rastrear a los colaboradores del mismo).

Roberto González (2007), en su artículo *Towards mercenary anthropology?*, presenta una reflexión e información importante sobre la elaboración de este manual y sus usos. González señala a Montgomery McFate, antropólogo cultural estadounidense, como coautor del manual. McFate encamina una serie de reflexiones y argumentaciones antropológicas que incorpora en el FM 3-24 y pone a disposición del elemento individual¹⁰ concepciones que, anteriormente, no eran discutidas en el entorno militar. Ahora bien, que no fueran discutidas no significa que no se utilizaran de manera operacional; la aportación de McFate al manual reside en que se introduce en el ambiente militar, generalizando conceptos antropológicos con mayor profundidad de la que, hasta el momento, eran intercambiados en los espacios de formación y adiestramiento militar de Estados Unidos.

Por otro lado, tampoco podemos ignorar que en los frentes de Afganistán e Irak no sólo se encuentran tropas presentes sino también, contratistas privados del gobierno. Varias compañías internacionales (la mayoría de origen estadounidense) tienen presencia en estos países, algunas para fines de reconstrucción de infraestructura, otras como consultoras y las demás bajo la denominación PMC (Private Military Companies). En su artículo, González presenta como BAE Systems, Hicks & Associates, L-3 Communications, Military Professional Resources Incorporated, y Mitre Corporation, entre otras, buscan contratar antropólogos civiles para fines

¹⁰ Este término es empleado de manera común en las fuerzas armadas para designar al soldado, marino, aviador, infante de marina u otro militar de manera genérica, independientemente de su prestación de servicios a algún instituto armado.

distintos, pero todos realizando trabajo de campo e investigación en zonas de guerra (González, 2007: 18).

En términos generales, actualmente vemos la presencia no sólo de militares con conocimientos antropológicos sino de antropólogos civiles en las zonas de conflicto, realizando trabajo de campo como una herramienta auxiliar para la toma de decisiones estratégicas militares. Ha sido un largo proceso evolutivo en el empleo de estos profesionales, desde la época colonial al siglo XXI, sin embargo, un elemento sigue estando presente: el uso de la antropología para fines bélicos o de Seguridad Nacional, ya sea a manos de académicos o de soldados. En el campo de batalla, pocas diferencias existen para trazar una distinción entre estos dos últimos. Ambos grupos son igual de susceptibles a las balas, y el plomo no conoce distinciones.

2. Ética antropológica: ¿existe tal cosa?

Mucho más podría decirse, explicarse (los casos abundan de aplicaciones antropológicas en las fuerzas armadas del mundo), sin embargo, tal demostración eventualmente nos llevará a debates mucho más profundos. Las aplicaciones en las fuerzas armadas ¿realmente son antropología?. El uso de antropólogos para actividades bélicas ¿es ético?, ¿es ético el uso de la antropología como herramienta para librar una guerra?. Son estas preguntas las que deben ocupar un espacio importante en la actual reflexión de los antropólogos y en la academia, en general.

Primero, es necesario entender los motivos por los cuales la antropología ha sido utilizada por diferentes Estados, para fines militares. Queda evidente, tras realizar un recuento histórico, que la antropología ha sido utilizada desde los periodos coloniales europeos para fines de administración pública, en este caso, la lógica militar que se encuentra tras ellos obedece más a un pensamiento estratégico que a una justificación académica. La antropología, en su papel de entender, comprender y analizar de manera profunda a las estructuras sociales específicas, prueba ser una herramienta invaluable para recopilar información, motivos y la manera de pensar del “otro”; ése que en su momento puede considerarse “el enemigo” (o “grupos antagonistas”, para ser más políticamente correcto en nuestro contexto contemporáneo). De ahí que la antropología

ha demostrado ser una importante fuente de inteligencia militar, de logística operativa, y de consideraciones operacionales estratégicas.

Por otro lado, como quedó demostrado en Vietnam, Irak, Afganistán, los Balcanes y otros lugares, el uso de este conocimiento para utilizar a la población nativa contra estos grupos antagonistas (en operaciones de contrainsurgencia, por ejemplo) también ha resultado no solamente una actividad económicamente rentable, sino estratégicamente más sólida y efectiva. Entendiendo esta manera de pensamiento, es posible ver que el conocimiento antropológico aplicado en operaciones de combate no solamente es una estrategia, sino un arma. Es entonces cuando debemos preguntarnos sobre la eticidad y la moralidad de utilizar tal arma.

Si consideramos a la antropología como una ciencia, y creemos que el fin último de ésta es beneficiar al ser humano para maximizar sus oportunidades, y no de destruirlo, entonces llegaremos a la conclusión de que el uso que dan a la antropología las fuerzas armadas no es ético, ni correcto.

En ciertos sentidos, los pensadores estratégicos e implementadores de tales medidas (como Montgomery McFate) considerarían que el uso de estas estrategias no solamente salva la vida a los elementos militares participantes en el conflicto, sino que, por medio de operaciones de contrainsurgencia, la paz social y regional se encuentra asegurada: por tanto, se salvan muchas más vidas que si se viviera en un constante conflicto. Desde esta perspectiva, el uso de la antropología se encuentra justificado y recomendado. Finalmente, el uso de cualquier disciplina para los fines que convengan a los Estados no es una decisión académica, sino una determinación política.

John Gledhill (2000), en su libro *El poder y sus disfraces: perspectivas antropológicas de la política*, nos recuerda cómo la antropología no puede evitar el compromiso con los asuntos políticos. Gledhill nos recuerda que el asunto que resultaba políticamente complicado en la antropología durante el periodo colonial eran los silencios que ofrecía, en cara de las grandes atrocidades que ocurrían en los territorios donde se realizaba su trabajo de campo (Gledhill, 2000: 339).

De manera implícita, los antropólogos coloniales secundaban la ocupación militar y los excesos derivados de ésta, pues el silencio y la “indiferencia” son tanto una afirmación tácita como una acción directa. En nuestros tiempos, la situación ha cambiado en algo, pues ahora los antropólogos son mucho más dinámicos y ofrecen

críticas constructivas referentes a las posturas gubernamentales frente a los pueblos que estudian, y en este caso no es la excepción: el debate y la discusión sobre la ética y lógica tras el empleo antropológico para fines de Estado es una forma de construir una base ética-moral para el trabajo científico.

Así lo demuestra el artículo de Jeremy Keenan (2006) *Conspiracy theories and “terrorists”: How the “war on terror” is placing new responsibilities on anthropology*. Keenan denuncia las acciones del gobierno estadounidense y algeriano en las medidas impuestas en el Sahara y la expansión de la muy cuestionada “guerra contra el terrorismo global”.

Es entonces donde el debate ético-moral entra en juego: ¿Cuál es el verdadero papel del antropólogo y bajo qué reglas debe regirse? Muchos antropólogos giran en torno a las medidas y posturas de la American Anthropological Association, la cual de manera periódica realiza críticas, comentarios y normatividades para el trabajo antropológico. Así como en 1966 se declaró contra el uso del napalm y otros agentes químicos en Vietnam, en noviembre de 2006 se pronunció contra la tortura y la ocupación en Irak¹¹, posturas que van de acuerdo a los principios científicos y antropológicos, que pocas personas toman en cuenta. Finalmente, en relación al debate planteado en este ensayo, sería importante revisar el Código de Ética de la AAA, publicado en 1998. En esta declaración, ciertamente, no cabría el uso ni empleo de antropólogos para fines militares tales como los que hemos visto en las guerras del siglo XXI. Esto debe movernos a preguntar ¿por qué estas medidas son ignoradas por algunos antropólogos?

Gledhill también lleva a la reflexión al hecho de que la existencia de códigos éticos no garantiza que los antropólogos se comporten de forma de que no violen las reglas establecidas; así como las reglas éticas no necesariamente cubren todos los elementos que el antropólogo enfrenta en el campo (Gledhill, 2000: 343). Esto nos lleva a realizar una diferencia importante, una cosa es la antropología y otra muy distinta es el antropólogo.

La antropología es una ciencia, la cual se rige bajo principios, teorías, reglamentaciones y normatividades académicas. El antropólogo es un ser humano,

¹¹ Para mayor información entorno a las posturas de la AAA remitirse a <http://www.aaanet.org/stmts/index.htm>

afectado por circunstancias tangibles, no abstractas, por lo que su proceder se encuentra influenciado por determinantes vivenciales. De hecho, esta concepción es uno de los principios del estudio de campo antropológico aplicado a las sociedades analizadas, ¿Por qué no puede obedecer la misma lógica al antropólogo? Si reconocemos que el profesional antropológico debe desasociarse de la abstracción académica de la antropología como ciencia, entonces nos enfrentamos al hecho de que cada individuo es único, irrepetible y su comportamiento, pese a que este reglamentado, también es único así como es único su proceder ético-moral.

Retomando de nuevo a Gledhill, el autor promulga una “ética situacional”, en la cual el código de ética debe remitirse a la situación específica a la que se enfrenta el antropólogo (Gledhill, 2000: 362). La única añadidura que debería ponerse a este argumento es que también deben considerarse la situación que enfrenta el antropólogo y *cómo* la enfrenta. Es evidente que diferentes personas enfrentarán un mismo escenario de maneras diferentes; es por ello que la ética situacional de Gledhill debe complementarse con la vivencia del antropólogo y su percepción. En una guerra existen “Reglas de Enfrentamiento”; el antropólogo (en combate o no) debe generar sus propias “reglas” de manera individual, pues las generalizaciones difícilmente existen, tal como Boas decía.

El antropólogo no solamente debe realizar su propio juicio ético-moral respecto a una situación determinada, sino que también debe elegir la manera y aplicaciones que su investigación seguirá. Esto nos explica por qué algunos antropólogos han decidido trabajar de manera conjunta con las fuerzas armadas del mundo para fines bélicos. Cada uno tendrá sus razones y justificaciones, las cuales son tan respetables y legítimas como las de los que deciden no realizar investigaciones para fines militares o la de los que deciden manifestarse públicamente y criticar las acciones de los gobiernos represivos contra las comunidades estudiadas.

Independientemente de las decisiones personales, un elemento que Gledhill también presenta en su obra y que es importante recuperar para fines de este debate, es la legitimidad del antropólogo. Finalmente, las decisiones que tome el antropólogo sobre cómo proceder y sobre los fines de su investigación repercutirá en su legitimidad y en la ciencia en su conjunto (Gledhill, 2000; 376).

De alguna manera, el debate también lleva a replantear la “Antropología Aplicada”, es decir, el uso de la antropología para fines gubernamentales pacíficos como el desarrollo social, la educación y la administración pública en su conjunto. Pocos argumentarán en contra del uso de la antropología para fines de política pública nacional como la educación y la salud poblacional (inclusive la mayoría se encontrará a favor de tales usos), entonces ¿por qué se oponen al uso en las fuerzas armadas o para una política exterior bélica? A final de cuentas, estas son ramas de la administración y políticas públicas.

De alguna manera, la Antropología Militar es Antropología Aplicada, pues la primera se encuentra englobada en la segunda, se rige bajo los mismos términos y, por tanto, debe ser juzgada bajo los mismos principios. Si desacreditamos a los recursos antropológicos en las estrategias militares., ¿por qué no aplicarían los mismos argumentos en otras ramas de la política pública?

Dentro de esta reflexión debemos incorporar más elementos (ya sea para aclarar o para complejizar aún más la situación), como es recordar que grandes avances en la antropología fueron producto del uso militar. En cierto sentido podemos considerar que se trata de una relación simbiótica: por un lado la administración pública (militar y civil) se ha beneficiado de las aportaciones de la antropología, y por el otro la antropología ha presentado desarrollo (y financiamiento para investigaciones) con los estímulos gubernamentales y el papel que juega en la toma de decisiones. Ambas partes se han visto profundamente influenciadas, al punto que actualmente no podemos entender el proceso de evolución histórica en forma independiente tanto histórica, teórica como conceptualmente.

Sin embargo, al final de la argumentación la misma pregunta sigue: ¿es ético el uso de la antropología para fines militares? La respuesta reside en cada antropólogo, científico y académico, y sería absurdo tratar de presentar una conclusión definitiva respecto al debate. Existen argumentos a favor, otros en contra, pero el dilema sigue vigente; y seguirá así mientras no sea un tema de reflexión profunda tanto a nivel personal, académico, científico como colectivo en todas las ramas de las ciencias sociales. Ignorarlo por más tiempo no hará que desaparezca el tema, solamente postergará lo inevitable: replantear o rectificar el papel histórico de la antropología para la política pública y el uso de la ciencia para los intereses humanos.

Algunas reflexiones a manera de conclusión:

En Julio de 2006 la Oficina de Relaciones Exteriores y de la Comunidad Británica (British Foreign and Commonwealth Office) invitó a un selecto grupo de académicos a concursar para participar en el proyecto “Combating terrorism by countering radicalisation”, el cual tiene por objetivo analizar seis regiones geográficas determinadas (Europa, Asia Central, Sureste de Asia, Asia del Sur, el Norte de África y el Golfo Pérsico) y cinco países específicos (Jordania, Nigeria, Sudan, Somalia y Turquía), para determinar la influencia islámica en los mismos y las mejores estrategias para limitar o evitar movimientos insurgentes o terroristas, en un intento por prevenir actividades terroristas que pudieran impactar a nivel global en otros Estados. El proyecto fue co-patrocinado por el Economic and Social Reserach Council, el Arts and Humanities Council, y por el gobierno británico. Finalmente, se develó que uno de los interesados en el proyecto (tal vez patrocinador) fueron las agencias de inteligencias del Reino Unido. Este proyecto, así como sus participantes, volvieron a introducir el debate del uso ético-moral de la antropología en la sociedad contemporánea.

Gustaaf Houtman (2006) presenta una interesante discusión sobre este escenario en su editorial *Double or quits* de la revista *Anthropology Today* donde plantea ¿es ético el uso de la antropología para fines de Estado, apoyados por agencias de inteligencia o por fuerzas armadas?

Este debate, entonces, parece no sólo encontrarse presente en este lado del Atlántico, sino que es un tema en la mente de muchos antropólogos contemporáneos. Frente a la preocupación de algunos sobre estas cuestiones, otros muchos parecen ignorar o descalificarlas, tal vez para evitarse la complicada tarea de reflexionar y fijar una postura. Esta reflexión no se presenta como un esfuerzo subversivo o un ataque personal; es tan solo una invitación a la reflexión individual y académica.

Con el espíritu de ir aclarando el panorama reflexivo-cognitivo necesario para el debate personal y académico, debemos empezar por entender que la Antropología Militar existe, que es una realidad. Así como existe la Antropología Aplicada, la Antropología Militar es uno de los campos de estudio menos evidente, pero más

extensivo en la historia de la antropología. Tanto a manos de antropólogos civiles como de aquellos que se encuentran incluidos en las fuerzas armadas, el uso de la antropología para fines militares y de inteligencia, se encuentra inmerso en un panorama complejo que involucra el uso de las ciencias sociales y naturales para fines políticos nacionales e internacionales.

Más allá de la reflexión individual y de otorgar su justo (infame o no) papel de esta aplicación de la ciencia antropológica, es correcto ir un paso más allá en el debate, hacia el futuro de estas aplicaciones. Para ello debemos tener claro lo bueno, lo malo y lo feo de esta situación que vive la antropología.

Habiendo establecido la simbiosis existente entre la administración y la elaboración de políticas públicas y la antropología, desde los tiempos coloniales al presente, podemos acordar, entonces, que esta relación tiene mucho que ver con la permanencia de la ciencia antropológica hoy en día. Esta simbiosis juega un rol importante en la elaboración de políticas públicas y exteriores, el financiamiento y la aparición de temas de estudio académico. En este sentido, esta relación entre la academia y los gobiernos, ha resultado en el balance final, en un elemento positivo para todos los bandos.

En los aspectos negativos, encontramos que la ciencia antropológica ha sido utilizada como una herramienta de guerra (convencional y no convencional) que, en muchos casos, no solamente ha servido para reprimir poblaciones y grupos étnicos, sino que ha servido para fines mucho más nefastos y letales.

Finalmente presentamos algunos aspectos que es difícil identificar como buenos o malos ya que, aún a nivel individual, crean confusión y contradicción. Anna Simons (2003) en su ensayo *The Military Advisor as a Warrior King and other "Going Native" temptations* presenta una "patología" que para fines de este ensayo se denominará "El síndrome de Danza con Lobos". Reconociendo que el antropólogo y los asesores militares comparten muchos más elementos de los que parecen evidentes¹², pueden sufrir de tentaciones operacionales que les pueden llevar a perder su objetividad y efectividad. Para Simons, el antropólogo (o el asesor militar) es un ser humano con

¹² Los elementos que Anna Simons señala son: una larga estadía en campo, una observación participante de largo plazo, la recopilación de información, el apoyo a las comunidades o individuos, el establecimiento de un *rapport*, y la interacción con agentes de otras culturas, entre otros.

influencias superorgánicas que determinan su proceder y, como presentaba Gledhill, su código de ética situacional. De esta forma, se hace posible que el investigador/asesor pueda tomar el bando de los nativos que estudia, perdiendo objetividad. Es claro que para estudiar un grupo determinado es necesario tener cierta “empatía” con el objeto de estudio, sin embargo, algunas veces se puede cruzar la línea, como muestra Simons en su ensayo. Simons plantea que tanto para el asesor militar como para el antropólogo, su presencia en la comunidad plantea *de facto* una relación de asimetría, pues de entrada el investigador/asesor viene de un mundo extraño, regularmente más avanzado y, por tanto, superior. Esta relación de superioridad/inferioridad/interrelación asimétrica lleva a que ambas partes interactúen eficientemente, ya sea para unos fines u otros (Simons, 2003: 114-117). Tal vez habría que revisar los comentarios de Pierre Bourdieu en su obra *La distinción*, para entender a plenitud este fenómeno y ver cómo esta interacción prueba ser mutuamente vinculante y provechosa para las partes involucradas.

El hecho es que la interdependencia desarrollada entre la comunidad y el investigador/asesor lleva a una decisión pragmática: mientras más adaptado se encuentre el investigador/asesor a una cultura determinada, más sencillo será la interacción entre los agentes y, por tanto, más provechosa y eficiente (Simons, 2003: 119). Esta adaptación empieza por el idioma, las costumbres, las prácticas sociales, y los códigos culturales, los cuales llevarán a una mayor simpatía y el eventual comportamiento “como un nativo”, en palabras de Simons. Si conjuntamos las relaciones asimétricas, la situación emocional de estar aislado y la convivencia por un periodo de tiempo prolongado con una comunidad diferente, la interdependencia entre las partes, las manifestaciones psicológicas y físicas del individuo, y los demás elementos superorgánicos que afectan el comportamiento individual del investigador/asesor, es posible ver que en cualquier momento puede darse el salto a proceder como el personaje de Michael Blake (1989), el teniente de caballería John Dunbar en una metamorfosis de un hombre blanco a “Danza con Lobos”, un nativo. Es por ello que el síndrome “Danza con Lobos” es tan vigente para el antropólogo como para el asesor militar, porque somos humanos con intereses y deseos, más allá de los claramente académicos/estratégicos. Si identificamos que la labor del antropólogo civil y el asesor militar (antropólogo) son muy parecidas, veremos que el síndrome “Danza con Lobos” lleva al individuo a redefinir su escala de valores éticos y morales, al punto

de abandonar los propios, para adoptar la perspectiva nativa a un nivel personal. Sin embargo, tal como Simons nos advierte, para los nativos siempre seremos “foráneos”, aún en el caso de ser “adoptado” simbólicamente por la comunidad (Simons, 2003: 131). Dentro de este nuevo esquema de adopción, la asimetría original ha cambiado dado que el investigador/asesor ha pasado de ser la figura dominante al agente sometido ante otra voluntad. Es, entonces, cuando las determinaciones éticas-morales se convierten en un elemento inestable, indefinido. Este es uno de los muchos elementos que causan profunda confusión, para la antropología militar y civil. ¿Qué hacer en estos casos? La respuesta reside en que aclaremos el cuestionamiento inicial de este ensayo, a nivel personal, profesional y académico. No debemos dejar de tener en cuenta que la responsabilidad profesional depende principalmente de reconocer nuestras acciones y su impacto, por lo que si ignoramos el principio difícilmente tendremos en consideración sus repercusiones, directas o colaterales. Se trata de reflexionar sobre la postura inherente a la propia ciencia antropológica: ¿el origen de estas cuestiones se encuentra en la elección individual del antropólogo o se trata de una indefinición de la antropología misma? Es evidente que nunca podrá suprimirse el libre albedrío del investigador, después de todo, es lo que ha movido a grandes avances científicos. Desde el momento en que se considera a la antropología como una ciencia, el elemento objetivo, analítico y metodológico forma parte, *de facto*, del proceso constituyente de la antropología y pilar básico de las construcciones y producciones de la misma. Por otro lado, tampoco puede sustraerse el elemento humano y humanizante, el cual le otorga la dimensión social a la antropología. Sin embargo, como se ha demostrado en los apartados anteriores, muchos antropólogos, durante el periodo colonial y en nuestros días, aceptan de manera tácita las intervenciones militares y la opresión de un pueblo a manos de un Estado superior. Muchos de estos antropólogos no se han pronunciado en contra de movimientos o prácticas represoras de manera explícita, argumentando que no es su papel intervenir o pronunciarse en torno a estas acciones. Sin embargo, es importante el recordar que el ejemplo y la participación son una definición y declaración silenciosa, y que la indefinición explícita es una definición implícita.

Si se tratara de un caso aislado, podríamos asumir una postura individual. Sin embargo, si contemplamos la enorme cantidad de científicos sociales que incurren en este tipo de actitudes, nos veremos obligados a considerar que se trata de una postura

que impacta en toda las ciencias sociales, en este caso, la antropología. ¿Sería entonces prudente evaluar y reflexionar el desempeño intrínseco de los fundamentos de la antropología como ciencia? La solución a las encrucijadas morales y éticas del uso de la antropología, para fines distintos de la generación de conocimiento y desarrollo humano ¿podría encontrarse si la antropología toma una postura determinada y explícita entorno a las determinaciones y acciones políticas? ¿Se podría mantener la imparcialidad y la objetividad científica si se tomara una postura ante las acciones políticas de terceros? Ciertamente son interrogantes difíciles de responder, pero el reto reside en la capacidad reflexiva de los antropólogos individuales que integran el *corpus* material y la cara de la ciencia antropológica.

Tal vez sería prudente recordar los “cinco pasos del duelo” de Elisabeth Kübler Ross, a saber: 1) la negación, 2) la ira, 3) el regateo o debate, 4) la depresión y 5) la aceptación. Respecto al tema de la antropología militar, la mayoría de los antropólogos, académicos y científicos sociales se encuentran en el primer o segundo paso, sin embargo, es importante que procedamos al tercer paso, que es el debate. Bajo esta lógica es inevitable que lleguemos al quinto paso: el aceptar que la antropología militar existe, que es una aplicación de la ciencia antropológica y que insertado en ella se encuentra un profundo debate en torno a la antropología aplicada y a los usos de la ciencia antropológica.

Tal vez deberíamos añadirle un paso más a los enunciados por Kübler Ross (1990): la acción. No es posible ni deseable el realizar todo este proceso reflexivo-cognitivo para quedarse con los brazos cruzados. Independientemente del desenlace del debate, esta reflexión en la antropología y las ciencias sociales deberán mover a acciones determinadas y determinantes, pues en ellas descansa el futuro de la antropología como ciencia.

Más que satanizar a los antropólogos militares o realizar una subversión académica, el objetivo de este ensayo es presentar estos elementos para una reflexión profunda sobre el papel del antropólogo y de la antropología en el ambiente político y global contemporáneo. Los usos de la ciencia en el futuro residen en las reflexiones y decisiones que tomemos hoy y, para ello, es fundamental reconocer que detrás de la llamada “antropología militar” se esconde un debate que involucra a las ciencias sociales en su conjunto y a una verdadera aplicación responsable de la ciencia.

Muchos comenzarán por declarar que la antropología militar no existe y que lo escrito en estas páginas es sólo una interpretación y una mala concepción carente de cualquier sustento; pero ese no es un problema. Recordemos que el primer paso es la negación.

Bibliografía:

American Anthropological Association (1998), *Code of Ethics of the American Anthropological Association*, en <<http://www.aaanet.org>> [Julio de 2008]

Asad, T. (1973), *Anthropology & the colonial encounter*. Londres, Ithaca Press.

Benedict, R. (1946), *The Chrysanthemum and the sword: patterns of Japanese Culture*, Boston, Houghton Mifflin Company.

Berlin, I. (1949), *The Soviet Mind.*, Washington D.C., Brookings Institution

Blake, M. (1989), *Dances with wolves*. New York, Random House.

Bourdieu, P. (1979), *La distinción*. España, Editorial Taurus.

Couch, R. (2007), *Chosen soldier: the making of a Special Forces warrior*. New York: Crown Publishers.

Darman, M. (2005), *SAS: military handbooks.*, Rochester: Grange Books.

Departamento de defensa de Estados Unidos (1961), *Guerrilla Warfare and Special Forces Operations (FM 31-21)*. USA, Departamento del Ejército.

Departamento de defensa de Estados Unidos (2003), *Counterinsurgency (FM 3-24)* Estados Unidos, Departamento del Ejército.

Ejército de Estados Unidos (2004), *U.S. Army counter-intelligence handbook*. Connecticut: Lyons Press, Guilford, Connecticut, 2004

Farwell, B. (1990), *The Gurkhas*. New York: Norton, W.W. & Company.

González, R. (2007), "Towards mercenary anthropology?" en *Anthropology Today* Volúmen 23, Número 3, Junio de 2007.

Gledhill, J. (2000), *El poder y sus disfraces: Perspectivas antropológicas de la política*. Barcelona, Ediciones Bellaterra.

- Houtman, G. (2006), "Double or quits" en *Anthropology Today*, Volúmen 22, Número 6, Diciembre de 2006
- Keenan, J. (2006), "Conspiracy Theories and 'terrorists': How the "war on terror" is placing new responsibilities on anthropology", en *Anthropology Today*, Volúmen 22, Número 6, Diciembre de 2006
- Kübler Ross, E. (1990), *Sobre la muerte y los moribundos*. México, Editorial Grijalbo.
- Mead, M. (1975), *La antropología y el mundo contemporáneo*. Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte.
- Mead, M. (2001), *The Russian Culture*. New York, Berghahn Books.
- New York Times "Recluta Ejército a antropólogos como asesores". Publicado en *Reforma*, México DF, 13 de Octubre de 2007. Sección principal.
- Palerm, Á. (1997), *Introducción a la teoría etnológica*. México, Universidad Iberoamericana.
- Price, D. (2007), "Buying a piece of anthropology", en *Anthropology Today*, Volumen 23, Número 3, Junio de 2007
- Simons, A. (2003), "The Military Advisor as Warrior-King and other "Going Native" temptations" en FRESE, Pamela, *Anthropology and the United States Military* New York, Palgrave/McMillan.
- Silverman, S. (2005). *One discipline, four ways: British, German, French and American Anthropology*. Chicago, University of Chicago Press.
- Stanton, Sh. (1985), *Green Berets at war: US Army Special Forces in Southeast Asia, 1955-1975*. New York, Ivy Books.
- Thomas, G. (2001), *Las torturas mentales de la CIA*. Barcelona, Ediciones B, Grupo Z.
- Thompson, L. (1994), *SAS: Great Britain's Elite Special Air Service*. Winsconsin, Motorbooks International, Osceola.